



Fotografía: Lorena Martínez

La incorporación de la ética ambiental a la educación

Rosa María Romero Cuevas

Instituto McLaren de Pedagogía Crítica | Ensenada, México
Universidad Tierra Fértil para el Buen Vivir | Cuernavaca, México
rosamariarc@gmail.com

Introducción

Todos los grupos humanos construyen valores y formas de convivencia que, aunque no estén sistematizados en códigos o no hayan sido escritos, conforman la ética de ese colectivo. En este sentido, la ética crea un marco normativo que orienta las acciones de las personas, así como establece los valores que deben ser respetados y considerados por todos los integrantes de una comunidad o un grupo social.

En efecto, cada época, cada pueblo y cada cultura tiene un sistema de valores, normas y costum-

bres que le permite convivir y mantener la cohesión comunitaria; ese sistema de entendimiento es la ética que prevalece y permite estimular o reprobar la conducta de sus miembros. Algunos valores son heredados desde tiempos antiguos; otros son contruidos a través de los cambios y transformaciones culturales.

La ética nos sirve para aprender a reconocer lo que es valioso por sí mismo, para estrechar el vínculo con todos aquellos que son dignos de respeto y compasión. Sin embargo, actualmente con

mucha frecuencia, escuchamos la expresión: “hay una pérdida de valores entre los niños y los jóvenes”, referida a valores humanistas como el respeto, la solidaridad, la cooperación, la verdad y la responsabilidad, entre otros, heredados del movimiento humanista de la Modernidad. Esa “pérdida de valores” es una de las manifestaciones de la crisis de la civilización occidental; una crisis de muchos procesos que se interrelacionan y que en conjunto ponen en riesgo la vida humana y de muchas especies en el planeta.

Crisis ambiental, crisis de civilización

Presenciamos en la actualidad la pérdida de los valores heredados por el humanismo de la revolución francesa y el triunfo de los priorizados por el capitalismo, los cuales se han consolidado y giran alrededor del triunfo personal y la ganancia económica.

La actual civilización industrial-capitalista-extractivista está movida por la acumulación de los que tienen el poder económico y político; depreda a la naturaleza y a los seres humanos para cumplir el objetivo de producir riqueza material y atesorarla, poniendo en riesgo el sustento integral de la vida.

El egoísmo, la envidia, la competencia, la falta de solidaridad, la prevalencia del individuo por encima de la comunidad, la indiferencia frente al sufrimiento y la violencia, son los valores que predominan. Estos valores estimulan el consumo, la dominación de unos sobre otros, la pérdida del sentido de comunidad y la idea de la supremacía de los humanos sobre la naturaleza, adicionado a la creencia de que el planeta está a nuestro servicio.

Esta forma de convivencia provoca la depredación de los ecosistemas y, con ello, la degradación de la vida comunitaria, el deterioro de las relaciones interpersonales y la concepción que cada uno tiene de sí mismo.

La crisis de la civilización occidental está poniendo en riesgo la conservación y reproducción de la especie humana y la garantía de salud de los ecosistemas y del propio planeta. Es una crisis pro-

funda, de un proyecto civilizatorio, que nos lleva a intentar repensar el mundo de otras formas, a la necesidad de preguntarnos de maneras distintas, a la urgencia de construir nuevas categorías.

La propuesta que aquí retomamos es partir de la concepción de la diversidad del pensamiento, considerar diferentes visiones culturales, otros tipos de involucramiento con el mundo de la naturaleza, de los seres humanos, a pesar de que algunas de ellas hayan sido descalificadas por las formas de pensar dominantes.

Nos encontramos ante la necesidad —ante la urgencia— de construir un discurso ético que transforme la cultura para garantizar y mejorar la calidad de vida en el planeta. Definitivamente esta época aporta demasiados ejemplos de las consecuencias de la ética individualista y egoísta en las conductas de muchas personas que tienen responsabilidades políticas y sociales.

¿Cómo sería una ética centrada en la vida?

La palabra “Ética” proviene del griego *ethos*, que significa “modo de ser” o “carácter” en cuanto forma de vida adquirida por los individuos. Pero el modo de ser de una persona es valorado o rechazado por la comunidad en la que esa persona se desenvuelve.

En otras palabras: la ética es el sistema de normas, valores y costumbres que rige la convivencia con los otros seres humanos y con lo otro, es decir, las relaciones entre la humanidad y la naturaleza, de las comunidades humanas entre sí y de la persona consigo misma.

Nuestra cultura ha vivido guiada por el antropocentrismo: el ser humano, y más específicamente el hombre (varón), ha sido la medida de todas las cosas y por esa razón se ha simplificado al extremo la compleja gama de desigualdades sociales y humanas, las distintas formas de exclusión y estigmatización que sufren múltiples grupos de seres humanos en toda la historia conocida. El antropocentrismo simplifica también la racionalidad económica do-

minante al sostener que el conjunto de la especie, o al menos todos los que pertenecemos a la cultura occidental, tenemos los mismos privilegios, cuando es obvio que sólo unos cuantos han gozado del uso de la energía disponible para fines que van más allá de la sobrevivencia.

Recordemos que la ética orienta el hacer humano. Una ética en la que prevalece el individuo por encima de la comunidad tiene grandes costos en sufrimiento; las formas actuales de convivencia están fuertemente influidas por el lucro individual, el consumo personal y la competencia. Podemos decir que nuestra ética está centrada en las cosas, en los objetos de consumo como forma de medir la calidad de vida, en la lógica de dominio de unos pocos sobre la mayoría y de los seres humanos sobre todos los procesos de la naturaleza.

En el mundo moderno la felicidad, entendida como bienestar, se mide por la posibilidad de conseguir el máximo posible de objetos del mundo de la moda, que aparentemente proporcionan una vida placentera, aunque ese placer sea tan efímero como la moda misma. Sin embargo, la felicidad no consiste en consumir indefinidamente; es necesario cambiar las recompensas sociales para dejar de propiciar el consumismo y preguntarnos qué carácter debería forjarse en quien quiera hacer de su forma de consumo una oportunidad para llevar adelante una vida feliz.

Para lograr esto, es necesaria la formación del carácter: la voluntad de ser, en lugar de parecer, así como el pensamiento crítico. El pensamiento crítico permite tomar conciencia de que el ser consumista no es natural, sino que está creado artificialmente, y que con el consumismo se pierde una gran cantidad de oportunidades de gozo duradero.

La voluntad de ser, por encima de parecer, permite discernir entre el exceso y el defecto, ya que, en el extremo opuesto, el desprecio de los bienes materiales olvida que éstos también dan oportunidades de crecimiento. Así pues, con el ejercicio de dichas virtudes el sujeto podrá encaminar su consumo hacia la felicidad propia y de los demás.

Si bien podemos estar de acuerdo con lo anterior, hay que considerar ahora que no se puede fundar una ética sobre un supuesto que no se traduzca en prácticas sociales concretas; por ello, es necesario dimensionar al ser humano nuevamente para construir una cultura centrada en la vida. Esto implica revisar las formas en que los humanos nos relacionamos con nosotros mismos, es decir, repensar los espacios que la sociedad abre para el reconocimiento integral de la persona, la forma en que nos relacionamos con los otros seres humanos, lo que valoramos de ellos y la forma en que valoramos a la naturaleza.

Así, una ética por la vida depende de por lo menos cinco tipos de procesos:

1. La convivencia que construimos.
2. El estilo de vida (de lo necesario o de lo suntuoso).
3. Los hábitos y costumbres (de cooperación o de competencia).
4. Los valores y principios que promovemos: el respeto, el amor (o los que nos sitúan por encima de los otros).
5. La construcción de lazos comunitarios (o el individualismo).

Si esto es así, la práctica de la ética cotidiana estará vinculada a las circunstancias y ambientes particulares que promovemos y construimos, así como a las distintas posibilidades de reflexionar la vida. Por tanto, la ética por y para la vida tendría que reconocer la necesidad de diversificar las responsabilidades de la presente generación; construir un mundo diverso, cuya riqueza se caracterice por la diferencia en un sentido profundo.

Educar en una ética por la vida

Nacemos como seres vulnerables y dependientes; basta ver a un recién nacido para entender esto. Por eso, el cuidado y la compasión por los otros es lo que nos permite desarrollarnos en plenitud junto a las

personas que amamos y valoramos, y esto se extiende a la necesidad de cuidar y conservar el mundo en el que vivimos; aunque esto parece obvio, nos cuesta trabajo reconocer que tenemos la capacidad de extender el cuidado más allá de la línea de los hijos y del parentesco.

Si lo que perseguimos es garantizar la conservación de la humanidad, necesitamos una reflexión profunda sobre el cuidado que los seres humanos debemos tener con cada uno de nosotros y con los demás, sin dejar de lado el rasgo fundamental que a veces tendemos a olvidar: lo vulnerables que somos, biológica y psíquicamente; la fragilidad de nuestra existencia y la fragilidad de la vida, que nos constituye en interdependientes.

Como seres comunitarios, necesitamos irremediablemente de los otros para poder sobrevivir; cuidar de los que nos rodean es una obligación moral que demuestra cuán interdependientes somos. Este hecho destroza el individualismo egoísta que nos han inculcado y lo convierte en una falacia.

Queda clara, entonces, la necesidad de la cooperación que debe existir entre los seres humanos como garantía de continuidad de la humanidad, involucrando también a aquellos que no parecieran tener nada que ofrecer a cambio, de la misma manera que a ninguna madre se le ocurriría llevar la contabilidad de los cuidados prestados a su bebé. La cooperación destaca como uno de los principios básicos del funcionamiento de la vida de la especie.

La racionalidad económica que gobierna el mundo actual nos ha acostumbrado a creer que es natural convertir todo servicio, toda interacción, todas las cosas, en objetos mercantiles. En contra de esta idea, sostenemos que es preciso ayudar a otros y evitar la tentación de creer que ser libre es hacer lo que me apetece, disfrutar de un terreno que yo cultivo en el que no entran los demás, cuando lo cierto es que este hacer sin responsabilidad, sin mirar a quien se deja fuera, no es libertad. En este orden de ideas, es preciso que todos tengamos la posibilidad y capacidad de participar en todos los procesos de la vida.

Así pues, es necesario educar en la autonomía, en la posibilidad de pensar cómo devolver a todos los seres humanos su innata capacidad de construir el discernimiento sobre su destino. Tener la posibilidad de pensar, de hacer, de saber, de construir conocimiento; de sentir y de soñar para permitir una auténtica construcción del sentido y significado de lo humano, entendido como la posibilidad de trazar múltiples caminos para satisfacer las necesidades de conservar y reproducir la vida en el planeta; para conocer el mundo y transformarlo de acuerdo con los ciclos de la naturaleza.

Para educar en este sentido no basta con enunciar los “valores ambientales”. Ni la moralidad constituida por buenas intenciones ni un “recetario” de buenas costumbres ambientales resolverán los problemas de comprensión del mundo que la problemática ambiental plantea. Pensar y reconstruir el conocimiento es una exigencia fundamental para abordar la crisis de civilización.

Algunos aspectos esenciales para transformar nuestro tiempo son: el correcto ejercicio de la libertad, la aceptación de la responsabilidad, la necesidad de la convivencia entre humanos para poder llevar una vida plena, el saludable deseo de disfrutar de la vida y de los placeres que ésta nos ofrece, la ineludible relación entre ética y política y la obligada reflexión acerca de cuestiones como la conservación del planeta. Debemos aprender a ser conscientes de la relevancia que tienen en nuestra vida las consecuencias derivadas de nuestras decisiones diarias.

El cambio cultural que necesitamos no puede simplificarse. Si nos interesan las otras especies, si requerimos una ética por la vida, es porque junto con todos los procesos naturales conformamos la fina trama de la vida que aporta las condiciones ecosistémicas para nuestra propia sobrevivencia.

Valorar la diversidad biológica y la diversidad cultural como ética de la vida tiene sentido porque el empobrecimiento de la información genética, tanto como el empobrecimiento de las prácticas culturales, puede llevar a la extinción.



Fotografía: Andrea Citlalli Marichal González

La solidaridad, el amor, la democracia, la tolerancia y el respeto no son conceptos vacíos; están dirigidos a la preservación y valoración de lo necesario para una vida con sentido. Como dice Adela Cortina “si no tomamos nota de lo cara que sale la falta de ética, en dinero y en dolor, el coste de la inmoralidad seguirá siendo imparable. Y, aunque suene a tópico [o punto de referencia], seguirán pagándolo sobre todo los más débiles” (Cortina, 2013, p. 17).

La escuela puede ser semillero de una ética por la vida

Transformar la educación es imperativo para transformar la escuela. La actual práctica educativa ha provocado una ruptura en la conciencia del ser humano respecto de las relaciones que existen entre las formas del desarrollo social, la vida cotidiana y la naturaleza; de ahí que afirmemos que hay una ausencia de formación ética.

Como se dijo, los procesos ambientales son muy complejos, ya que involucran todo tipo de desigualdades sociales. En primer lugar, configuran geogra-

fías que proporcionan un acceso diferenciado a los bienes naturales; esta relación del ser humano con la naturaleza se da en una permanente situación de riesgo colectivo en “busca del bienestar”, que en la situación actual es sólo para unos cuantos, de ahí la importancia de comprender a la realidad como totalidad.

Comprender la compleja relación del ser humano con la naturaleza en sus diferentes niveles y múltiples formas involucra procesos de evaluación y previsión críticas respecto de la cultura, así como la formulación de nuevas prácticas educativas.

Para ello no es posible mantener el esquema de aprendizaje seriado, orientado a la acumulación y a la repetición, sino que será necesario explorar la posibilidad que da la reflexión colectiva, la crítica de lo dicho y aceptado por la sociedad, la apertura a propuestas de solución a través de la participación en la investigación y la representación; trabajar con los conflictos, aprender nuevos lenguajes e interiorizar los contenidos teóricos, así como desarrollar habilidades que requieren una integración de orden psicológico.

Esto nos llevaría a una práctica pedagógica comprensiva y contextualizada, en grupos articulados en torno a una tarea común.

¿Qué hacer en el aula?

Transformar el ambiente del aula es una tarea central, en el sentido de eliminar la competencia y experimentar la cooperación mediante trabajos colectivos que admitan reflexiones diversas y el reconocimiento del pensamiento, de la bondad, de la responsabilidad.

Es indispensable que el docente reconozca la capacidad de los niños de preguntar y hacer reflexiones propias. Despertar en ellos el interés por su mundo, por construir sus respuestas y, a través de ese proceso, lograr que comprendan la complejidad de relaciones que se establecen entre la vida personal, la cultura, la comunidad, la historia y la naturaleza. Todo ello significa construir las bases de una ética de la vida.

Por ejemplo, el docente puede plantear, con ayuda de los estudiantes, un problema complejo (identificar causas y consecuencias múltiples en el planeta, en su comunidad y en ellos) de problemas que vive el mundo (como el consumismo, el subconsumo frente al sobreconsumo, la discriminación étnica y la migración, entre otros) y solicitar que en grupo expresen qué valores están en juego, proponer soluciones a esos problemas y reflexionar acerca de la viabilidad de éstas.

La ética es el sostén de los sistemas de convivencia y se interioriza dependiendo del contexto en el que nos desenvolvemos. El profesor puede propiciar la discusión de los problemas que enfrentan los estudiantes en su vida cotidiana al escuchar los problemas y cómo los vive cada uno, a fin de construir empatía y expresarla por medio de preguntas como: ¿sabías que tu compañero enfrenta un problema

así?, ¿qué reflexiones sobre ti y sobre el mundo derivas de este problema?, ¿qué harías tú en su lugar y por qué?, ¿cómo te hizo sentir y pensar lo que escuchaste? A partir de ello los estudiantes construyen un código de ética que pueden y deben asumir, es decir, para ser felices en la escuela, para facilitar el diálogo y la escucha, y para generar relaciones de responsabilidad y de justicia, entre otros referentes de ética. El código se pone a la vista del grupo.

Para finalizar, sostenemos que la ética nos conduce a realizar un sueño, el de una sociedad sin dominación en la que todos podamos mirarnos a los ojos sin tener que bajar la vista para conseguir lo que es nuestro derecho; y en la que se favorezca la construcción de tres escenarios deseables: i) en la vida cotidiana (personal y familiarmente); ii) en la vida comunitaria y, iii) en la humanidad en el planeta.

Lecturas sugeridas

- BENÍTEZ, LAUREANO (2009), *Actividades y recursos para educar en valores: encuestas, dilemas morales, cuentos, imágenes, películas y canciones*, México, PPC Editorial.
- CORTINA, ADELA (2013), *¿Para qué sirve realmente la ética?*, Barcelona, Ediciones Culturales Paidós.
- FROMM, ERICK (2015), *El corazón del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PASTOR, DAVID (2021), *Ética para desconfiados*, México, Planeta.
- SAVATER, FERNANDO (2011), *Ética para Amador*, Barcelona, Ariel.